

Peter Handke

Por los pueblos

Poema dramático

Traducción de Eustaquio Barjau



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Über die Dörfer*

Primera edición: 1986

Segunda edición, con traducción revisada: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 1981.

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín

© de la traducción: Eustaquio Barjau, 1986, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-282-0

Depósito legal: M. 5.553-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

15	Uno
27	Dos
71	Tres
79	Cuatro

NOVA

GREGOR

LA ENCARGADA DE LA CASETA DE LA OBRA

HANS, hermano de Gregor

ANTON

IGNAZ } Compañeros de trabajo de Hans

ALBIN }

SOPHIE, hermana de Gregor

VIEJA

UN NIÑO, hijo de Hans

Para los actores:

«Aquí estoy yo». Todos están en su derecho. Seguir actuando después de las palabras finales. Ironía interior.

Una lentitud tierna es el tempo de
estos discursos.

FRIEDRICH NIETZSCHE,
Ecce homo

Rolling on the river...

CREEDENCE CLEARWATER REVIVAL,
Proud Mary

Uno

Gregor delante del telón. Llega Nova y señala a Gregor.

NOVA

No tenía oídos para el coro subterráneo de la nostalgia.

Hombre de ultramar, ciego para las gotas de sangre en la nieve.

Máscara de espectador sobre las mejillas, mano bajo manos cogidas en barras para aguantarse.

Caminante sin sombra –¡señor del Norte, del Sur, del Este y del Oeste!–. Pero ahora ya no sé más.

GREGOR

Mi hermano me ha escrito una carta. Habla de dinero, de más que de dinero: de la casa de nues-

tros padres, que han muerto, y de la parcela en la que está la casa. Las dos cosas las he heredado yo en calidad de hijo mayor. Mi hermano vive en la casa, con su familia. Me pide que renuncie a la casa y a la parcela con el fin de que nuestra hermana pueda independizarse y montar un negocio. Mi hermana trabaja en un supermercado. Mi hermano ha aprendido un oficio, pero desde hace tiempo trabaja sólo en grandes construcciones, muy lejos de la casa y del pueblo, y allí hace toda clase de cosas que ya no tienen que ver con su profesión originaria. Es una historia larga. No recuerdo ningún momento de amor franco y declarado hacia los hermanos, pero me acuerdo, sí, de no pocas horas de miedo y preocupación por ellos. Una vez, cuando todavía no iban a la escuela, desaparecieron y estuvimos un día entero sin saber dónde estaban; yo fui siguiendo el torrente, aguas abajo, a toda prisa, hasta más allá del pueblo vecino, donde desembocaba ya en el gran río. Es posible que no supiéramos hacer juntos nada especial, pero era una tranquilidad saber que estaban por los alrededores de la casa. Muchas veces no nos entendíamos, pero lo que nos reconciliaba era siempre este pensamiento: «¡Estamos todos aquí!». Luego yo quise que, al igual que yo, fueran más tiempo a la escuela; yo era el único que quería

esto. Muchas veces, yendo a tomar el coche de línea para ir a la ciudad donde estaba la Universidad, pasaba con la maleta junto a la serrería, y veía allí a mi hermano, que apenas había ido a la escuela, con su mono azul; luego, con el autobús, pasaba por delante del colmado donde sabía que estaba mi hermana, con su bata de aprendiz, delante de las piezas de tela, o en la parte trasera, en el frío almacén, y luego sentía en el pecho un aguijón que no era la nostalgia de siempre. Voy a hacer algo, pensaba. Pero a lo largo de todos estos años que he estado fuera del pueblo, mis hermanos se han esfumado y yo he encontrado a otros parientes, a ti, por ejemplo, y esto me ha parecido bien. Los familiares eran sólo como voces lejanas en la nieve. Sólo una vez volvió a acercárseme uno de ellos. Una noche, por televisión, vi la historia de una muchacha adolescente que, marginada por el pueblo por haber sido violada, acabó matándose. Se envolvió en un velo, o en una pañoleta, y se dejó caer rodando por la margen de un río. Pero ocurría que, una y otra vez, se quedaba colgando, en los matorrales o en la hierba alta, o porque el terraplén no era lo bastante inclinado y el impulso no era suficientemente fuerte. Sin embargo, al final lo consiguió; cayó al agua con gran ruido y se hundió inmediatamente; y con la mú-

sica de órgano que empezó a sonar en aquel momento me entró un ataque de llanto. En realidad no fue un ataque, sino una especie de solución o de liberación. La habitación nocturna de entonces es una pieza clara y espaciosa. La imagen de la muchacha que se ahogó, lanzándose sobre mí violentamente, hacía referencia a mi hermano y me ordenaba que le sacara de su casa, por lo menos para un lapso de tiempo breve, del ámbito rural que él todavía no había abandonado nunca, y que le mostrara algo del otro mundo. ¡Por lo menos una vez tenía que salir de su trabajo y dejarse ver con una indumentaria que no fuera su mono azul, y tener por lo menos una idea de lo que es el esplendor de las ciudades! No había que olvidar que hasta entonces sólo conocía la capital de la región, que estaba cerca, y ésta únicamente desde la cama de la «clínica de accidentes laborales» casi: cuando todavía no era adulto, tenía cicatrices y mutilaciones en los brazos y en las piernas, prácticamente más que un veterano. Aceptó pues obediente mi invitación. De aquello no salió nada especial; sin embargo: había ocurrido. Con todo, en los años que siguieron mi hermano y yo tuvimos desavenencias. El motivo fue que él causaba disgustos a nuestros padres, en una medida mucho mayor a lo que era habitual en el pueblo. Al fin yo logré

que le echaran de casa. Llegó a producirse una escena en la que yo estaba en la puerta de la casa y el expulsado lejos, en el extremo de la parcela, delante de la casa vecina; entre él y yo, la bolsa de viaje, llena completamente con todas sus cosas, que, por la mañana, cuando él venía de no sé dónde, le habían puesto en medio del camino. ¡Detrás de mí, el silencio de la casa, donde hacía un momento todavía las lamentaciones por el hijo, casi en voz baja, habían llenado las habitaciones! Yo le gritaba a mi hermano: «Si te atreves a pasar otra vez por esta puerta, te pego un tiro». A esto él se limitaba a contestar con burlas; porque la verdad es que en casa no había ningún rifle y hasta entonces lo único a lo que yo había disparado habían sido las flores de plástico de las casetas que montaban en las festividades religiosas. «Ven y te dejo ahí tumbado», contestaba gritando. Y, no obstante, los dos nos quedábamos donde estábamos: yo en las escaleras de delante de la casa y él en el extremo de la parcela, y desde lejos intercambiábamos toda clase de amenazas y maldiciones; y la otra noche, efectivamente, vino a coger su bolsa y desapareció en el extranjero, como obrero foráneo alojado en alguna chabola de la periferia de alguna gran ciudad. A pesar de todo, a mí, después, aquella riña se me antojó como algo falso,

puro teatro. En el curso del intercambio de insultos, en ocasiones yo ya tuve ganas de hacer un gesto de despedida y reírme. En cualquier momento hubiéramos podido terminar nuestra pelea y, sin acordarnos siquiera de lo que acababa de ocurrir, irnos juntos a tomar una cerveza. A pesar de todos los desastres de los que mi hermano era responsable, en el fondo no teníamos nada el uno contra el otro, absolutamente nada; ¡ni siquiera entonces, en aquella «hora de riña»! Pero probablemente no habíamos tenido más remedio que jugar aquel juego. Nada definitivo había ocurrido con aquello. No pocas imágenes oníricas versaban sobre él; y de este modo es como seguimos tratando el uno con el otro. Luego, el reencuentro, junto a las tumbas –todavía abiertas– de nuestros padres, no significó algo así como la reconciliación, sino que corroboró, afianzó, apaciguó y, además, dejó clara una cosa: nunca más volveríamos a decirnos una palabra malsonante. Yo sabía muy bien que tal vez yo hubiera hecho cosas mucho peores que las que hizo entonces mi hermano, si, por algún azar afortunado, no hubiera escapado a la vida que me tenían preparada. Mi hermano ama a su mujer y a sus hijos como a sus salvadores. Y la hacienda se ha convertido para él en una reserva: no quiere salir de allí nunca